

INDECISIÓN Y DESENGAÑO DE LA JUVENTUD, por *Domingo Melfi*.
—Ediciones «Atenea», 1935.

Este libro, quintaesenciado en setenta páginas, habrá merecido, sin duda, efusiva acogida de parte de la actual generación de lectores, la misma inteligente generación que ha permitido en Chile el brillante desarrollo del libro de ideas y de la literatura honda, nacida estos años en Indoamérica. Aunque este libro interesa desde luego a nuestra juventud por las numerosas sugerencias que aporta y por el estímulo que irradia la agudeza de su crítica y el escepticismo de sus reflexiones, creemos que en general la alcanzará superficialmente, desde que hoy pesa sobre ella la montaña abrumadora de las últimas y tristes escaramuzas sociales y políticas. Tal vez cuando esta juventud, convencida y caldeada por las cruentas realidades pasadas y por las trágicas que sobrevengan, tome su puesto de acción, este breviario de nuestra decadencia habrá de llevarla con seguridad y firmeza por el azaroso camino de los sacrificios colectivos.

Nos recuerda el libro de Melfi el no menos intenso y sólido «Rumbo Argentino», de Manuel Seoane, donde se enfoca con el valor y la firmeza de una mentalidad habituada al examen de la historia—hechos y hombres—la inquietud argentina, cristalizada en hombres como Irigoyen, Alvear y Justo. Seoane se interna en la vida americana plasmando los movimientos y las tendencias en sus figuras representativas, fundiéndolas íntimamente en los hechos decisivos, de donde emergieron, finalmente, triunfantes o humilladas. Melfi se ha colocado frente a los acontecimientos panorámicos y los ausculta sin vacilaciones, dueño y señor de la perspectiva, evitando así el contacto personal, a nuestro juicio, con notable inteligencia, por razones que pocos desconocen: nuestra historia es demasiado reciente y los rasgos personales despiertan peligrosas excitaciones. Además, estamos perfectamente convencidos de que nuestra historia última ca-

rece de valores representativos. Melfi mismo lo advierte en sus páginas con muchísima oportunidad. ¿A qué, pues, desvirtuar el desapasionado examen de los hechos fundamentales originados por impulsos extraños a la masa, con el estudio de hombres que no simbolizaron, salvo uno que otro caso aun no vindicado, ni una gran idea, ni un noble impulso, ni una corriente nacional?

Así, pues, este «proceso de las generaciones jóvenes de Chile», vale a nuestro humilde juicio como una preparación del árido y áspero terreno de la historia patria, para la obra adulta que nos dará la verdad, luminosa y serena, sobre tantas jornadas y tantos hombres que hoy se presentan a nuestra creciente indiferencia en tan diversas confituras. Nadie mejor indicado que Melfi para tal empresa, por sus ya felices intentos de comprensión de lo nuestro y por el mérito de esa claridad latina indiscutible y de esa serenidad nada común en nuestros comentaristas, claridad y serenidad que nos habrán de llevar hacia la certeza de una *justicia* de la historia.

Melfi nos sitúa en la época anterior a la guerra del 14, cuando Chile era todavía un latifundio tranquilo. «Todos gozaban en las capas inferiores de un bienestar que se parecía mucho a la atmósfera de enervamiento que se produce después de los grandes placeres físicos». La política se manifestaba en rencillas electorales, en exabruptos parlamentarios. El relativo bienestar del país mantenía sepultadas las inquietudes sociales. «Pero el pueblo vivía en pocilgas, los campos tenían chozas que avergonzaban». «A nadie le interesaba la vida de los anónimos. Eran sólo manadas electorales».

Luego hay una fecha: 1910 y un hombre que predicó en el desierto: Alejandro Venegas: un «puro», que como tal murió injuriado, aislado, repudiado por quienes debieron alentarle, seguirlo. Este hombre dió la voz de alarma, en medio de un régimen de disfrute máximo de los privilegios, de dominio sin freno de una oligarquía relajada. «Había desenmascarado hombres e instituciones, la falacia de los recursos con que se engañaba al

pueblo, el desorden y la retórica estéril de la enseñanza, la miseria moral de los jefes».

Nos habla Melfi, en seguida, de aquella generación del 91, se forja un sí es no es romántica y cuya triste epopeya—las jornadas de la Revolución—no ha dado más que frutos amargos, que han sido el deleite de las generaciones posteriores, desenfrenadas, arteras, faltas de hombría, tal vez porque en aquellas jornadas triunfara el principio de la autoridad múltiple y de la múltiple ambición. El triunfo trazó un camino disociador en razón del sentido íntimo de la causa triunfante, sentido sin autoridad moral suficiente, desde que no tenía arraigo alguno en la realidad popular, y sólo nacía de la eterna pugna de grupos ambiciosos de poderío.

«En cuanto a la posición intelectual, esa generación no produjo ninguna obra fundamental para el conocimiento de las inquietudes que desgarraron a los hombres de aquel tiempo». «La generación que desembocó en la Revolución del 91, pasó luego entera a formar en la vida estrechamente política, desentendiéndose del drama que había vivido».

Cuanto a la falange literaria de 1900, Melfi apunta sus características: la preocupación del paisaje y el indianismo esclavo de sus personajes. Lógicamente, en medio de una naturaleza prepotente, y bajo un régimen de verdugos y capataces la obra literaria en comienzo no iba a estructurar posturas de combate. Como toda la literatura americana del sur.

Pasa luego el autor el examen de «los nuevos», de aquella juventud que tuvo la diaria conciencia de la guerra del 14 y de sus consecuencias sociales más profundas. Generación forjada en el horror, en el desengaño, en la indecisión rebelde. Generación de multitudes. Es la época en que las masas, por primera vez en la historia, toman un puesto en la acción, en cada país del globo. La vieja estructura social ha perdido su solidez, su gravedad, y se deshace. La ideología extremista se filtra en la mente de la época. La juventud chilena, desorientada dentro de

las luchas partidistas de la política criolla, bebe en esta fuerte literatura y observa, actuando a veces con arremetidas dramáticas, absteniéndose otras por desconfianza, falta de guías, y de una idea máxima que la libre de las sugerencias del mundo y de los míseros intereses de los grupos que se disputan el gobierno.

Así sigue hasta ahora, desengañada, vacilante, huérfana y ávida de intensas combustiones.

Pese a las páginas finales de «afirmación y heroísmo», el libro de Melfi destila alguna amargura, no logra disimular el gesto brumoso de los vaticinios. Luchas y tragedias inútiles arroja el balance de nuestro pasado como nación. Los hombres salidos de semejante crisol llegan a nuestro presente con las taras exacerbadas de la ambición, del egoísmo homicida, de la vanidad y de la pasión soberana, dueña de todos sus pensamientos. Así se explica su inepticia y su derrota moral frente a los graves problemas que hoy en día plantea la vida chilena.

Libro honrado, sereno, del cual irradia calor de humanidad, emoción cordial, estimulante.—LAUTARO YANKAS.



DIEGO MUÑOZ Y SUS MALDITAS COSAS

A veces uno pregunta:

—¿Quién está escribiendo ahora?

Y en la esquina de Ahumada con Huérfanos, mercado de informaciones literarias y tribuna de quejumbres, apóstrofes y disquisiciones sabias, alguien aporta el dato:

—Ha salido por ahí un tal Diego Muñoz... Publicó *La Avalancha*, que está muy bien. Después le editaron *De Repente*. Tiene páginas muy intensas... Y pasan unas hermosas mujeres. Uno las mira hasta que se pierden entre el gentío. Luego pasan dos elegantes sinvergüenzas, abundantes curas, algún alemán y.